

¿Declina el poder de los Estados Unidos?*

Jorge H. Carrizo

A menos que seamos honestos acerca de nuestro pasado, y realicemos una crítica alerta de nuestro presente, las probabilidades estarán pesadamente en contra de toda mejoría en nuestro futuro, cuando llegue la nueva prueba.

Liddel Hart, El espectro de Napoleón.

Centrada en su proyecto inicial en las limitaciones que la disminuida capacidad económica de Gran Bretaña imponía a su potencialidad militar, la obra de Paul Kennedy *Auge y Caída de las Grandes Potencias* se fue constituyendo en un abordaje más vasto de la relación entre los poderes militar y económico de las grandes potencias desde el período de formación del mundo moderno —incluida la China de Ming, los imperios otomano y mongol, Moscovia, Japón y los nacientes estados europeos (España, Holanda, etc.)— hasta la época contemporánea —desde el período de hegemonía británica al del predominio actual de las dos superpotencias, EEUU-URSS, después de la posguerra. Y como tal no podía menos que despertar en la conciencia pública norteamericana y mundial de los años ochenta un interrogante no por más negado menos inquietante: ¿están en declinación los Estados Unidos?

La lógica de la decadencia

Kennedy parte del registro histórico de la relatividad del poder económico y militar de las naciones líderes dentro del sistema internacional, relatividad que atribuye no sólo al flujo y reflujo de los acontecimientos políticos o militares sino, fundamentalmente, al grado desigual de desarrollo económico, tecnológico y organizativo de las distintas sociedades por el cual unas adquieren alternativamente mayores ventajas —y poder— que otras.

* A propósito del libro de Paul Kennedy, *The Rise and Fall of The Great Powers* (New York, 1989), 678 páginas. Hay traducción en castellano.

Esta tesis referente a la declinación económica como base de la pérdida de preeminencia de las grandes potencias no ha escapado a la reflexión teórica ni a la percepción de filósofos e historiadores de todos los tiempos. Desde Lactancio —que censuraba a Diocleciano por cuadruplicar las fuerzas armadas de Roma y aumentar cuantiosamente la burocracia estatal— a G. Bernard Shaw, pasando por los arbitristas españoles o Gibbon, ha sido frecuente relacionar el declive de los imperios con la pérdida de su vitalidad económica y el descenso de la productividad. También permitió constatar la imposibilidad de los mismos para torcer la lógica de su decadencia.¹

Según el análisis de Kennedy, “dada la naturaleza anárquica y competitiva de las rivalidades entre las naciones, la historia de los asuntos internacionales en los últimos cinco siglos ha sido con demasiada frecuencia una historia de guerra, o al menos de preparación para la guerra, cosas ambas que consumen recursos que las sociedades podrían utilizar para otras ‘empresas’, sean públicas o privadas”. Su pregunta sobre si tal pauta de comportamiento habría sido eliminada por el advenimiento de las armas nucleares, después de 1945, o si éste sólo aseguraría, en realidad, un curso convencional de dichas guerras, aún a costos terriblemente superiores, es uno de los interrogantes más inquietantes suscitados por la lectura de su libro ante las importantes transformaciones en los equilibrios que se están produciendo actualmente en la escena internacional.

Para Kennedy se ha retornado a un mundo más multipolar que incluiría, principalmente desde el punto de vista económico, junto a Estados Unidos y la URSS, a la CEE, Japón y China, si bien las dos superpotencias conservan todavía una neta supremacía militar. Un mundo más abierto e indeterminado que debería conducir más naturalmente a las reglas de la diplomacia que a la carrera armamentista, con lo que esto siempre conlleva de promesa pero —a la vez y quizá fundamentalmente— de inestabilidad.

Con posterioridad a la aparición de *Auge y caída...*, los acuerdos de Malta y Washington ratificaron la apertura de un período de distensión entre los EE.UU. y la URSS de gran influencia en la actual situación internacional.

Sin embargo, en relación a los acuerdos de Malta, Kennedy se ha mostrado relativamente escéptico sobre los esfuerzos que los gobiernos norteamericano y soviético estén realmente decididos a empeñar en la reducción de sus costos de defensa y la mejora de su competitividad económica para torcer así —de acuerdo a su tesis— el curso de la decadencia. Ratificando conceptos de su obra, considera que “todo hace pensar que continuará la relativa declinación de la URSS” —ante el fracaso de sus medidas económicas y sus dificultades imperiales— y que “la pelea por mantener la competitividad norteamericana ante

1. C. M. Cipolla; J. H. Elliot; P. Vilar y otros, *La decadencia económica de los imperios* (Madrid, 1979).

Europa y Asia a largo plazo será ardua, sostenida y difícil de medir”, a juzgar por la creciente debilidad estadounidense en materia fiscal, tecnológica y educacional.²

Debilidades similares y no derrotas militares —recuerda el autor— fueron las que revelaron un día al mundo la declinación de los Habsburgo, así como causaron, con posterioridad, el colapso del imperio británico. “El problema real, parece, no ha sido la capacidad de proyectar sus fuerzas que haya tenido en cada caso el Número Uno sino su incapacidad para reconocer que, en el largo plazo, la riqueza, salud y fortaleza del país dependen de los parámetros no militares del poder nacional y de adoptar duras decisiones políticas en el frente interno”.³

¿Declinan los Estados Unidos?

La tesis del profesor de Yale sobre la real posición que los Estados Unidos ocupan hoy en los asuntos mundiales es uno de los puntos principales de su libro y, probablemente, el que más debates ha suscitado.

Para Kennedy es necesario hablar de una declinación relativa, debido a la excesiva extensión imperial norteamericana en relación a su capacidad estratégico-militar para defenderla, por un lado, y, por otro, al estancamiento económico y tecnológico interno, que restringe las posibilidades del país frente a los cambios operados en la producción mundial.

Discípulo de Liddel Hart en Oxford, Kennedy hace pivotear su análisis sobre la interacción entre economía y estrategia, ateniéndose a la cual nos muestra que los Estados Unidos continúan manteniendo los mismos compromisos militares en el mundo que hace un cuarto de siglo, en tanto su parte en el producto bruto mundial, en la producción industrial y los gastos militares declinó sensiblemente.

Dicha situación no sería en sí tan conflictiva si tal desproporción —particularmente luego de la derrota de Vietnam— no hubiera afectado la credibilidad en la eficiencia de funcionamiento del propio sistema, desde la eficacia del dispositivo armamentista hasta la estructura misma del proceso de toma de decisiones. Pero lo fundamental es que ha sembrado dudas sobre la fortaleza interna de la economía norteamericana, habida cuenta de su relativa decadencia industrial respecto a la producción mundial desde la posguerra y en particular en cuanto al aporte de nuevas tecnologías; a ello se suman la declinación de la agricultura, tras la transformación de la Comunidad Económica Europea en productora de excedentes agrícolas y la consiguiente disminución de las exportaciones norteamericanas, con su secuela de productores arruinados, y los

2. P. Kennedy, “Una duda: ¿aprenderán de la historia?”, *Clarín*, 3 de junio de 1990.

3. P. Kennedy, “La dimensión no-militar”, *Clarín*, 2 de septiembre de 1990.

abultados déficit fiscal y comercial —derivados de dicho estancamiento— que convirtieron al país de principal acreedor en principal deudor mundial. Todo lo cual se ha agravado, según algunos analistas, por la política presupuestaria de las administraciones recientes, que condujeron dichos déficit a magnitudes absolutas y relativas sin precedentes en la historia norteamericana.

En efecto, los Estados Unidos pasaron de producir entre 40% y el 45% del producto bruto mundial a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, al 25,9% en los sesenta y al 21,5% en 1980. Actualmente, la participación europea en el PBM iguala a la de los Estados Unidos y se prevé que la superará finalizado el proceso de unificación en curso. En lo referido a las exportaciones mundiales, la participación norteamericana retrocedió del 13,8% en 1980 al 10,3% en 1987 y también es notorio su retroceso en el sistema bancario mundial, respecto a los competidores japoneses. La balanza comercial, excedentaria en 1981, llegó a un déficit de casi 140.000 millones de dólares en 1986 y 160.000 millones en 1987. Y aunque es cierto que éste descendió luego de 1988, las dificultades para disminuir el déficit fiscal, aumentar la productividad y abrir mercados extranjeros tornan incierto un pronóstico presentado por algunos como alentador. Si en 1981 el país poseía un crédito neto de 141.000 millones de dólares, en 1987 se había transformado en un deudor neto de alrededor de 400.000 millones de dólares. Además, coincidentemente con la elevación de tales déficit, se incrementó el del presupuesto norteamericano, que pasó de una fluctuación anual de 50-75.000 millones de dólares durante las administraciones de Ford y Carter a un crecimiento súbito que lo elevó a 200.000 millones de dólares en 1981 y 221.000 millones en 1986.

Esto no cuestiona la posición predominante que todavía ocupa los Estados Unidos en el orden internacional. Ciertamente, continúan siendo la principal potencia económica mundial. Lo que está en discusión es el desgaste o no de la base de tal superioridad —su predominio industrial y agrícola— cuyo rendimiento no coloca hoy al país fuera del alcance de sus competidores.

Los impugnadores de Kennedy sostienen que el recorte de los gastos de defensa y el retiro de los EE.UU. de sus compromisos globales, lejos de resolver los problemas económicos del país los agravarían, al debilitar la influencia mundial norteamericana sin por ello aumentar su fuerza económica. Algunos incluso opinan que es el consumismo de la sociedad americana, no el militarismo, quien verdaderamente perjudica su vigor económico. Otros resaltan la mayor disponibilidad de factores con los que contaría el país para superar la competencia de sus rivales: recursos territoriales y energéticos más vastos, una inmigración creciente que lo dotaría en los años noventa de una población joven en expansión y un mejor "management".

En general, se manifiestan optimistas respecto a la adaptabilidad del país a los cambios mundiales, sobre la base de la revolución tecnológica apoyada en las computadoras y las telecomunicaciones y los servicios profesionales y téc-

nicos, fuentes en las que, aseguran, los Estados Unidos podrían mantener su preeminencia respecto a otros competidores —vgr. Japón— asentados en la apertura, la descentralización y la democracia del sistema americano.

Renovación y no estancamiento sería, por tanto, el rasgo dominante de la actual situación norteamericana, y trabajos como los de Kennedy son criticados por no elaborar “proposiciones comprobables” y presentar sólo un “cuadro impresionista” de decadencia, mezclando referencias económicas, militares, científicas, tecnológicas y educativas que confundirían el diagnóstico. Por el contrario, éste debería sustentarse en la competencia, la movilidad y la inmigración, auténticos motores del renovado liderazgo mundial norteamericano.⁴

Sin embargo, tales objeciones no han conseguido agregar mayor puntualidad en el análisis de los hechos ni logrado acotar el sesgo ideológico de las argumentaciones.

Ciertamente, el debate continúa abierto: la perspectiva de los noventa aún muestra a los Estados Unidos en la encrucijada de continuar siendo —junto a la URSS— uno de los actores políticos y económicos centrales mientras que su déficit presupuestario, su déficit comercial y el lento crecimiento de su productividad continúan siendo síntomas de una economía no tan vigorosa como pretende aparecer.⁵

En la actual coyuntura internacional y ante las disyuntivas económicas, políticas y estratégicas que viven países como la Argentina, se hace necesario un diagnóstico ajustado sobre las tendencias profundas del mundo actual, lo que requiere del aporte científico de historiadores, economistas y científicos políticos y sociales.

Estudios como el de Paul Kennedy, que buscan, a partir de una mejor comprensión del pasado, aportar criterios más afinados para la indagación del presente y convocan a un abordaje totalizador y no reduccionista del fenómeno histórico, resultan altamente estimulantes para quienes estén dispuestos a emprender tal tarea.

4. S. Huntington, J. Kotkin y otros, “¿Decadencia o renovación?, refutación a P. Kennedy”. En *Facetas*, Abril de 1989.

5. Con posterioridad a la redacción de este artículo, el 16 de noviembre de 1990, el presidente Bush manifestó públicamente por primera vez “estar preocupado por una caída de la economía —agregando— si hay recesión muchos me dicen que será poco profunda y pronto la superaremos. *¡Me gustaría creer que será así!*” (subrayado mío, JHC). Un mes y medio más tarde, el 2 de enero de 1991 en una entrevista televisada a toda la nación Bush admitió ya directamente el ingreso de la economía norteamericana a una “depresión económica, si acaso no es una recesión”.